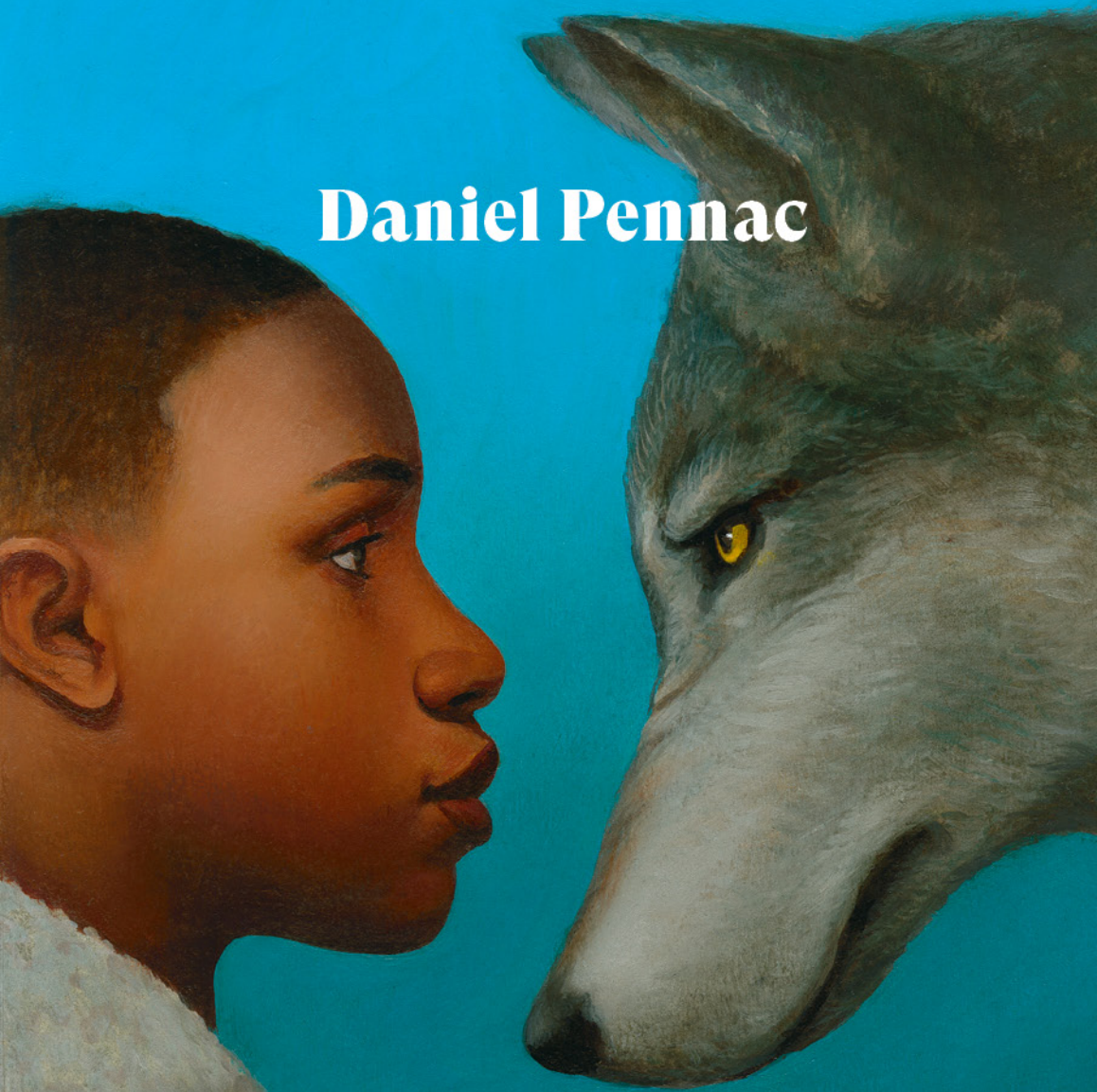


algar



Daniel Pennac



El ojo del lobo

Ilustraciones de **François Roca**

Traducción de Palmira Feixas

Capítulo 1

El encuentro

I

De pie delante del recinto del lobo, el niño no se mueve. El lobo va y viene. Camina de un lado a otro sin detenerse jamás.

«Qué pesado...».

Eso piensa el lobo. El niño lleva más de dos horas allí, de pie delante de la alambrada, inmóvil como un árbol helado, mirando cómo camina el lobo.

«¿Qué querrá de mí?».

Esa es la pregunta que se hace el lobo. El niño le intriga. No le preocupa (el lobo no tiene miedo de nada), le intriga.

«¿Qué querrá de mí?».

Los otros niños corren, saltan, gritan, lloran, le sacan la lengua al lobo y esconden la cabeza en la falda de su madre. Luego se van a hacer el payaso delante de la jaula del gorila y a rugir en las narices del león, cuya cola fustiga el aire. Ese niño no. Se queda de pie, inmóvil, en silencio. Solo mueve los ojos. Sigue el ir y venir del lobo a lo largo de la alambrada.

«¿Nunca ha visto un lobo o qué?».

El lobo, por su parte, solo ve al niño una vez de cada dos.

Porque el lobo solo tiene un ojo. Perdió el otro en su batalla contra los hombres, hace diez años, el día que lo capturaron. A la ida, pues (suponiendo que eso se pueda llamar ida), el lobo ve todo el zoo, las jaulas, a los niños que hacen el tonto y, entre ellos, a ese niño, completamente inmóvil. A la vuelta (suponiendo que eso se pueda llamar vuelta), el lobo ve el interior de su recinto. Un recinto vacío, porque la loba murió la semana pasada. Un recinto triste con un único peñasco gris y un árbol seco. Entonces el lobo da media vuelta y de nuevo aparece ese niño, con su respiración regular que forma un vaho blanco en el aire frío.

«Se va a cansar antes que yo», piensa el lobo mientras sigue caminando.

Y añade:

«Soy más paciente que él».

Y vuelve a añadir:

«Soy el lobo».

II

Pero a la mañana siguiente, al despertarse, lo primero que ve el lobo es al niño, de pie delante de su recinto, ahí, exactamente en el mismo lugar. El lobo casi da un respingo.

«¿No habrá pasado la noche aquí?».

Se contiene y continúa con sus idas y venidas como si nada.

El lobo ya lleva una hora caminando. Una hora en que lo siguen los ojos del niño. El pelo azulado del lobo roza la alambrada. Sus músculos se mueven debajo de su pelaje invernal. El lobo camina como si nunca fuera a detenerse. Como si regresara a su hogar, en Alaska. «Lobo de Alaska», indica la plaquita de hierro de la alambrada. También incluye un mapa del Gran Norte, con una región pintada de rojo. «Lobo de Alaska, Barren Lands».

Sus patas no hacen ruido al pisar el suelo. Va de un lado a otro del recinto. Parece el péndulo

silencioso de un enorme reloj de pared. Y los ojos del niño se mueven muy despacio, como si siguieran un partido de tenis a cámara lenta.

«¿Tanto le intereso?».

El lobo frunce el ceño. Los remolinos de pelo rizado le llegan al hocico. Se arrepiente de hacerse tantas preguntas sobre el niño. Se había prometido que jamás volvería a interesarse por los hombres.

Y, desde hace diez años, cumple su promesa: ni un pensamiento dedicado a los hombres, ni una mirada, nada. Ni a los niños que hacen el ganso delante de su jaula, ni al empleado que le lanza la carne de lejos, ni a los artistas que van a dibujarlo los domingos, ni a las mamás tontas que lo señalan con el dedo mientras les gritan a los críos: «¡Mira, ahí está el lobo! ¡Como te portes mal, tendrás que vértelas con él!». Nada de nada.

«¡Ni el mejor de los hombres vale nada!».

Eso decía siempre Llama Negra, la madre del lobo.

Hasta la semana pasada, a veces el lobo dejaba de caminar. La loba y él se sentaban delante de los visitantes. ¡Y era como si no los vieran! El lobo y la loba miraban al frente. Su mirada te

atravesaba. Te daba la impresión de no existir. Era muy desagradable.

«¿Se puede saber qué miran así? ¿Qué ven?».

Y entonces se murió la loba (era gris y blanca, como una perdiz nival). Desde ese momento, el lobo no se ha detenido. Se pasa el día caminando, de la mañana a la noche. A su alrededor, la carne se congela en el suelo. De pie, recto como una i (una i cuyo punto expulsa vaho blanco), el niño lo mira.

«Peor para él», piensa el lobo.

Y deja de pensar en el niño.

III

Sin embargo, al día siguiente, el niño está allí. Y al otro también. Y los días posteriores. Hasta tal punto que el lobo se ve obligado a volver a pensar en él.

«Pero ¿quién es?».

«¿Qué querrá de mí?».

«¿No tiene nada que hacer en todo el día?».

«¿No trabaja?».

«¿No va a la escuela?».

«¿No tiene amigos?».

«¿Ni padres?».

«¿O qué?».

Un montón de preguntas que ralentizan su marcha. Siente que le pesan las patas. No es cansancio, pero podría llegar a serlo.

«¡Increíble!», piensa el lobo.

Por fin, mañana cierra el zoo. Es el día del mes que dedican al cuidado de los animales y al mantenimiento de las jaulas. Ese día no hay visitantes.

«Me libraré de él».

Para nada. Al día siguiente, como los anteriores, el niño está allí. De hecho, está allí más que nunca, completamente solo delante del recinto, en el jardín zoológico desierto.

«¡Oh, no!», gime el lobo.

¡Pues sí!

Ahora el lobo se siente muy cansado. Es como si la mirada de ese niño pesara una tonelada.

«De acuerdo», piensa el lobo.

«¡De acuerdo!».

«¡Eres tú quien lo ha querido!».

Y, bruscamente, deja de caminar. Se sienta muy erguido, justo delante del niño. Y él también

se le queda mirando. No le echa un simple vistazo, no. ¡Le clava una mirada de verdad!

Ya está. Ahora están cara a cara.

Y la cosa se alarga.

En todo el jardín zoológico no hay ni un visitante. Los veterinarios todavía no han llegado. Los leones no han salido de su guarida. Los pájaros duermen envueltos en sus plumas. Es un día de descanso para todo el mundo. Hasta los monos han dejado de hacer el payaso. Están colgados de las ramas como murciélagos dormidos.

Solo está ese niño.

Y el lobo del pelaje azulado.

«¿Quieres mirarme? De acuerdo. ¡Pues yo también te voy a mirar! Ya veremos...».

Pero al lobo le molesta algo. Un detalle estúpido. Solo tiene un ojo, mientras que el niño tiene dos. De repente, el lobo no sabe en qué ojo del niño debe clavar la mirada. Su único ojo salta: derecha-izquierda, izquierda-derecha. Los ojos del niño no se inmutan. Ni siquiera parpadea. El lobo está tremendamente incómodo. Por nada del mundo apartaría la cabeza. Ni se le ocurre ponerse a caminar a otra vez. Total, que su ojo cada vez está más inquieto. Y no tarda en caerle una lágrima, a través de la cicatriz del ojo

muerto. No es de tristeza, sino de impotencia, de ira.

Entonces el niño hace algo raro. Algo que calma al lobo, que le inspira confianza. El niño cierra un ojo.

Y resulta que empiezan a mirarse, con un solo ojo cada uno, en el jardín zoológico desierto y silencioso, con todo el tiempo del mundo.



